

Nuestro Mayor Tesoro

Hilary Arathoon

Para satisfacer sus necesidades y poder sobrevivir, los animales se valen de su instinto, aunque hay casos excepcionales en que utilizan su intelecto por rudimentario que éste sea. Pero, por lo general, el instinto los guía y les señala qué hacer o qué no hacer en determinadas circunstancias. Les advierte cuando el peligro acecha y los mueve a determinadas acciones para satisfacer necesidades inmediatas o futuras.

Recuerdo a un perrito que cuando le sobraba alimento, procuraba ponerlo a buen resguardo para cualquier eventualidad. Pero como en casa no había donde cavar, escogía la esquina de una habitación y tras de depositar el alimento, retrocedía cierta distancia, asentaba el hocico en el suelo y procedía a empujar hacia adelante bajo la ilusión de estar acumulando tierra para cubrir su manjar. Dicha acción la repetía mecánicamente el número de veces que normalmente hubiera requerido para cubrirlo en caso de haber actuado sobre una superficie polvorienta. Pero como el alimento yacía sobre un piso de cemento, su actuación resultaba estéril. Si hubiera podido razonar, se hubiera dado cuenta. Sin embargo, tal era la fuerza de su instinto que no podía dejar de hacerlo aunque el resultado fuera negativo.

En cambio, nosotros los hombres no dependemos tan sólo del instinto, sino que, bien o mal, unos más, otros menos, contamos con el intelecto, el cual es el don más grande que nos ha dado la creación. Gracias a él, el hombre ha podido alcanzar alturas insospechadas pocos siglos atrás, al grado de haber podido asentar los pies en la Luna. Dicho don es superior a cualquier otro y ha dado a los hombres poderes incalculables.

El hombre que logra desarrollar su intelecto es infinitamente rico y no ha menester de mayores recursos para prosperar. Hay naciones que sin mayor extensión de tierras fértiles y sin contar en su subsuelo con mayores recursos naturales, han logrado alcanzar un grado notable de desarrollo gracias a la diligencia y laboriosidad de sus habitantes, quienes han sabido desarrollar al máximo su capacidad creadora y han podido forjar una patria próspera y feliz.

En cambio, hay otras que, aunque dotadas de enormes recursos naturales, jamás logran salir del estado de estancamiento y subdesarrollo, ni alcanzar mayor grado de prosperidad. Y es que no se dan cuenta que su mayor tesoro es el hombre mismo y que a éste hay que dejarle en libertad para desarrollar al máximo su capacidad creadora en provecho no sólo de él sino de sus semejantes.

La libertad de acción para el hombre es un concepto relativamente nuevo que data apenas de dos siglos atrás. Ese es el verdadero sentido de la máxima «LAISSEZ FAIRE, LAISSEZ PASSER» y no otro que le han querido dar los partidarios del estatismo. Donde se ha aplicado la libertad económica los pueblos han prosperado; en cambio, donde no se aplica, los pueblos permanecen en subdesarrollo .

Debemos partir de la premisa que no todos los hombres son iguales. Hay quienes desarrollan sólo una muy pequeña parte de su inteligencia. Sea por negligencia, o por indolencia, o lo que fuere, hay quienes se trazan metas muy bajas y jamás procuran superarse, ni alcanzar objetivos que requieran mayor esfuerzo intelectual o volitivo. Prefieren, como el perrito de nuestra historia, desempeñar mecánicamente cualquier tarea que les sea encomendada y que no requiera esfuerzo ni imaginación.

Dicha indolencia no necesariamente obedece a falta de alimentación en su niñez o falta de preparación adecuada como a veces se pretende hacernos creer. Muchas veces los mejor alimentados o quienes han gozado de mayores oportunidades se muestran indolentes. En cambio, otros de esferas menos favorecidas demuestran mayor ambición. Muchas veces son los que han sufrido penuria y escasez en su niñez los que demuestran mayor anhelo de superación. En vez de dejarse vencer por circunstancias adversas, buscan la forma de modificarlas o aprovecharlas. Dicha clase de hombres podrían decir con Napoleón: «Las circunstancias las hago yo». A ellos son los que los gobiernos deberían alentar para, a través de sus esfuerzos, lograr incrementar la producción. Ellos son los verdaderos creadores de riqueza y gracias a ellos es que los países progresan. Ellos son los que se ha dado en llamar la «iniciativa privada».

Se habla de «iniciativa privada» y no «pública», porque son sólo los individuos los que piensan, los que tienen iniciativa. Las masas sólo secundan la iniciativa de los individuos.

Desgraciadamente en vez de alentar a los empresarios, generalmente se les estorba, o se les ponen cortapisas, cuando no se les oprime o se les castiga. Desafortunadamente, la mayoría de nosotros somos como el perro del hortelano que «no come ni deja comer». Incapaces de aprovechar una situación, no queremos que otro la aproveche.

Por eso tejemos toda clase de impedimentos alrededor de quienes serían capaces de realizar una empresa, al grado que cualquiera que hubiera sentido el impulso de emprenderla muy pronto la abandona o reduce sus actividades al mínimo, ya que en vez de sentirse alentado, más bien siente que cada iniciativa de su parte, cada impulso creador, encuentra, en vez de apoyo y comprensión, una repulsa general, como si todos estuvieran confabulados para obstaculizarlo.

¿Cuándo escuchamos o leemos en la prensa, palabras de aliento para quienes se han esforzado en realizar una empresa? ¡Nunca! Palabras de reprobación y condena, por montones, pero palabras de aliento ¡Jamás!

Al esforzado siempre se le pide algo adicional. Si ha logrado levantar una empresa que emplee cientos de laborantes, siempre se le imponen nuevas condiciones, se le pide una nueva contribución. Cualesquiera beneficios que promueva a favor de sus trabajadores, le crean nuevas obligaciones que más tarde no puede rehuir. Y no sólo dentro de la empresa, sino fuera de ella, se le exige que haga labor social o que promueva otras actividades en favor del conglomerado. En cambio, el indolente, al dejado, jamás se le pide nada. Ni siquiera que se ocupe de su propio bienestar y el de su familia.

¿Por qué hemos de extrañar entonces que la gente capacitada restrinja su actuación al mínimo? Y ¿quiénes resultan ser los damnificados? ¿Serán sólo los posibles empresarios

defraudados en sus ambiciones? O ¿serán más bien quienes hubieran podido hallar en dichas empresas fuentes de trabajo y bienestar?

Y no sólo ellos, sino la nación en general. No debemos olvidar que la empresa privada (es decir, todos menos el Gobierno) es la que paga todos los impuestos, o sea, la que cubre todos los gastos del presupuesto nacional. Los ingresos de la nación provienen de lo recaudado de la iniciativa privada. Ni los gobiernos en sí, ni sus dependencias, son productores de riqueza.

Vale tomar esto en cuenta antes de poner estropiezos a los empresarios, quienes, junto con los laborantes, son los únicos verdaderos creadores de riqueza.

¿SE PODRÁ PRESCINDIR DEL SECTOR PRIVADO?

EL SECTOR PRIVADO PRODUCE:

- 1) Todos los alimentos que se consumen
- 2) Toda la ropa que se usa
- 3) Todos los productos que se exportan
- 4) Todos los impuestos con que, a su vez, se pagan:
 - a) Los sueldos de todos los trabajadores de los tres poderes del Estado, desde el más al menos importante.
 - b) Las inversiones del Estado, como: caminos, hospitales, acción cívica, seguridad social, etc.
 - c) Las pérdidas de las empresas del Estado.
 - d) Las deudas del país.
 - e) Sosténimiento de universidades estatales.
 - f) Todas las escuelas públicas.
 - g) Los hospitales públicos.
- 5) Todas las escuelas privadas.
- 6) Todos los salarios del país (los de los burócratas a través de impuestos, y los demás, directamente)
- 7) El capital para invertir en nuevas fuentes de empleo, de producción y de impuestos.